

llevaron á empellones á la tienda de las santas vírgenes.

Santa Rufina, al ver aquella turba, se levantó azorada, cuando el que traía la medida de vino, le dijo:

—No te asustes, muchacha, que ningun daño queremos hacerte.

Tú y tu hermana lo sabéis todo, pues los dioses hablan por vuestra boca. Esta mala pécora del tabernero jura que no mezcla agua con el vino, y nosotros al beberlo lo encontramos flojo, siendo así que el de este pais es fuerte. ¿Me sabrías decir,—preguntó presentándole la medida llena de vino,—si esto es vino puro ó agua teñida?

—Mi ciencia no alcanza á tanto,—respondió la santa doncella,—pero Dios volverá por la verdad;—también su hermana Justa.

Esta salió de la cocina llevando en sus manos el cedazo vacío, y

—¿Qué sucede?—preguntó la doncella al ver tanta gente en su tienda.

Los que acusaban al tabernero, la expusieron sus sospechas.

—¿Y por este motivo movéis tanto ruido?—dijo la santa; y, volviéndose á su hermana, añadió:

—Toma el cedazo, Rufina;—y, dirigiéndose al que tenía la medida llena de vino, díjole:

—Viértelo en el cedazo; y veremos quién tiene razón.

Aquel hombre ejecutó cuanto dijo la santa doncella; ¡cosa rara! el vino se detuvo en el cedazo, como si el fondo de éste, en lugar de formar un tejido fuera de barro.

—Menea conmigo el cedazo, Rufina,—dijo Santa Justa.

Las dos hermanas empezaron á zarandear aquel utensilio; y entonces se presenció un prodigio. Vióse caer de él

